Pirata, de Luis Britto García

canibalismo aleatorio de *La Tempestad*

Arnaldo Valero

En la primavera de 1609 una flota de nueve embarcaciones con quinientos colonos partió de Inglaterra con rumbo a Virginia. Los acontecimientos en los que se verían envueltos los tripulantes de la nave capitana, el *Sea Adventure*, estarían destinados a ilustrar la manera como la colonización y conquista del Nuevo Mundo llegaron a incidir en el imaginario de la modernidad occidental.

El 25 de julio una tormenta separó al *Sea Adventure* del resto de la flota, conduciéndolo a las costas de una de las islas del archipiélago de las Bermudas. Todos los tripulantes alcanzaron la playa e, incluso, lograron salvar buena parte de las vituallas que había en las bodegas de la embarcación. Con excepción de una de las naves, el resto de la flota llegó a su destino. No fue sino hasta el 10 de mayo de 1610 que los naufragos pudieron partir con destino a Virginia, arribando sanos y salvos. Sin embargo, antes de haber finalizado el año 1609, la noticia de la supuesta tragedia del *Sea Adventure* había sido difundida por Inglaterra. El desenlace definitivo de esta extraordinaria experiencia causó una profunda impresión en los súbditos del Rey Jacobo I, originando la aparición de baladas y relatos, la publicación de panfletos e, incluso, la versión definitiva de *La Tempestad* (c. 1611) de William Shakespeare¹.

Fue Malone quien en *Account of The Incidents from which the Title and Part of the Story of Shakespeare's were derived* (1808) sugirió por primera vez la conexión entre *La tempestad* y los panfletos aparecidos a raíz

del naufragio de 1609. De la totalidad de textos a los que dio origen la experiencia de la tripulación del *Sea Adventure* sólo tres han sido señalados por los especialistas como directamente relevantes para el estudio del mencionado drama: *Discovery of the Bermudas* (1610) de Sylvester Jourdain, la apologética *True Declaration of the state of the Colonie in Virginia, with a confutation of such scandalous reports as have tended to the disgrace of o worthy an enterprise* (1610) del Cónsul de Virginia y *True Reportory of the Wrack* nombre con el cual fue dada a conocer una carta de William Strachey con fecha del 15 de julio de 1610, pero publicada por primera vez en 1625 en el *Purchas His Pilgrimes*. Según Frank Kermode, es bastante probable que Shakespeare, dado su profundo interés por el tema, tuviera conocimiento de esta obra inédita. Shakespeare *estaba relacionado con los miembros de la Virginia Company, es decir, con los hombres que habían considerado seriamente todo el problema, práctico y ético, de las colonias americanas* [Kermode, 1962: xxvii].

Tanto para Frank Kermode como para Roger Toumson la estructura de ideas que fundamentan *La Tempestad* no hubiese sido posible si América no hubiese sido descubierta y si el viaje a las Bermudas nunca hubiese tenido lugar. El Nuevo Mundo estimuló el interés en el gran y perenne problema de «la naturaleza de la Naturaleza» y también en el de la legitimidad de la expansión económica europea.

Genealogía y máscaras de Próspero

Próspero, el sujeto ilustrado que naufraga en la isla de Calibán, es un eslabón entre Odiseo y Robinson Crusoe. Los problemas que debe enfrentar para subsistir y las paradojas a las que dicho proceso le conducen encarnan los principios de la economía capitalista. Por esa razón, consideramos pertinente recordar lo que un par de autores han señalado con respecto a la manera como opera la lógica de la cual Próspero participa.

Para Nietzsche, el mundo moderno está preso en la red de la cultura alejandrina, cultura que reconoce como ideal al *hombre teórico*,

el cual está equipado con las más altas fuerzas cognoscitivas y trabaja al servicio de la ciencia, cuyo prototipo y primer antecesor es Sócrates, [en quien coexistían el placer del conocer y] la ilusión de poder curar con él la herida eterna del existir [Nietzsche, 1973:146, 145].

En consecuencia, el objetivo originario de la educación moderna consistiría en esforzarse por alcanzar ese ideal humano. Paradójicamente, el optimismo que se oculta en el seno de la cultura alejandrina hizo madurar una sociedad necesitada de un estamento de esclavos que garantizase su perdurabilidad.

Es por esta razón que los autores de *Dialéctica del iluminismo* (1944) afirman que el sujeto ilustrado siempre ha estado expuesto a la tentación de cambiar la libertad por el ejercicio de la autoconservación. A su juicio, esta dinámica está representada a plenitud en las aventuras de Odiseo y Robinson. La sensación de minusvalía que ambos personajes experimentan al verse lejos de su hogar les obliga a desarrollar una forma de conocimiento que les permita someter la naturaleza, es decir, obtener un saber que tenga la autoconservación como principio y la astucia como medio.

El astuto peregrino es ya el *homo oeconomicus* a quien se asemejan todos los hombres dotados de razón. Por ello la *Odisea* es ya una robinsonada. Los dos naufragos ejemplares hacen de su debilidad—la del individuo que se separa de la colectividad—su fuerza social. Abandonados al azar de las olas, aislados sin posibilidad de ayuda, su mismo aislamiento los obliga a perseguir sin contemplaciones su propio interés aislado. Encarnan el principio de la economía capitalista aún antes de servirse de un trabajador (...) Su impotencia ante la naturaleza se desempeña ya como ideología de su supremacía social. El hecho de que Odiseo se encuentre indefenso ante la resaca suena ya como legitimación del enriquecimiento del viajero a expensas del indígena. Desde el punto de vista de la sociedad de intercambio desarrollada (...) las aventuras de Odiseo no son más que la exposición de los riesgos que componen el camino del éxito. Odiseo vive según el principio originario que ha fundado en una época la sociedad burguesa. La alternativa era engañar o perecer. El engaño era el estigma de la *ratio*. [Tanto Odiseo como Robinson] triunfan a condición de su absoluta separación respecto a los otros hombres. Los otros hombres se les presentan sólo en forma alienada, como enemigos o como apoyos, siempre como instrumentos, como cosas. [Horkheimer-Adorno, 1987: 81].

Como vemos, la paradójica naturaleza del iluminismo adquirió total presencia histórica en los escenarios coloniales cada vez que el sujeto occidental desempeñó el rol de propietario de esclavos, colono, comerciante y administrador; es decir, cada vez que no utilizó su saber y su superioridad técnica con el propósito de favorecer la consolidación de un orden democrático ideal sino para cambiar su relación con los nativos: de recién llegado a dueño y señor.

Curiosamente, algunas interpretaciones de *The Tempest*, como las realizadas por Ernest Renan en 1878 y por José Enrique Rodó en 1900, parecen ignorar o desconocer el sentido pragmático de Próspero y lo han concebido, más bien, como el exponente de un modelo civilizacional que sólo actualiza lo mejor de la tradición greco-latina. Calibán,

en cambio, ha sido interpretado como el *hombre bestial, situado al margen de la civilización, y a quien es menester combatir a sangre y fuego* [Fernández Retamar, 1971: 14].

Esta distribución de roles hace que *La tempestad* de William Shakespeare problematice el acontecimiento fundacional de las culturas del Caribe, reproduzca una estructura de poder e influencia, el origen de la idea que definió a esta región. Por esta razón, la dialéctica que en los albores del siglo XVII enfrentó a Próspero y a Calibán ha operado como causalidad expresiva de un vasto conjunto de textos a lo largo de varios siglos. Mas no ha sido sino hasta entrado el siglo XX que Calibán ha dejado de ser visto como la bestia que necesita la redentora intervención del sujeto moderno. En algunos textos, como ocurre con *Wide Sargasso Sea* (1966) de Jean Rhys, el texto de Shakespeare ha operado con sutileza, casi imperceptiblemente, como velada pulsión del inconsciente político. En otros, en cambio, como ocurre con *Une Tempête* (1969) de Aimé Césaire, ha sido objeto de una apropiación en alta voz. Mas, en todo momento, la reescritura de la cual ha sido objeto *The Tempest* por parte de los escritores del Caribe ha establecido algo bastante significativo: el modelo platónico de consecución de la verdad no ha sido precisamente el que ha permitido a las minorías dar a conocer su punto de vista en el «siglo de la diferencia».

Como interlocutor del ideal ilustrado de sujeto occidental, Calibán no encaja en el canon de los diálogos platónicos es, por el contrario, un sujeto agresivo, violento, cáustico. En consecuencia, lo que siempre ha estado en discusión en cada apropiación caribeña del drama shakespereano es el carácter ideal, equilibrado, sospechosamente aséptico que ha definido la noción académica de discurso dialógico, de palabra literaria como doble.

La accesión de sí no es suficiente para ganarse un lugar en el mundo; quienes detentan el poder no atienden reclamos cuando éstos son formulados cortésmente. Tal vez sea ésta la lección más importante que se desprende de todos los procesos emprendidos por quienes lucharon por sus derechos a lo largo del siglo XX. Eso explicaría, en parte, la reacción del consejo editorial que recibe el manuscrito de una «hermana de Calibán» en el poema «The Growing Tip», incluido por la poeta guyanesa Mahadai Das en su libro *Bones* (1989):

Ellos buscaban el «punto que crece de la poesía»,
sus primeros brotes de verde fragil
para decir «ooh» y «aah»
(...)
Lo que ella envió no recordó a nadie un jardín:
pedazos de piel, un puño de cabellos, dientes

rotos, cascos de vidrio—un cofre de hierro oxidado y sombrío...

Ella hablaba de selvas, de cenar con culebras y monos; de evitar cuentas con un cambio de dirección y pagar tarde por principio; de olvidar las categorías de ancianos y niños; de tener como filosofía vivir para sí misma, lo que le lleva a una, como un Cristo moderno a cargar su cruz hasta un Gólgota solitario.

Ah sí, tenía cosas que crecían— cuernos y colas, brazos de tamaños diferentes colmillos automáticos al acercarse a los burócratas, una cola (incómoda cuando llevaba falda); tías cuyas cabezas conservaba encurtidas en botellas sobre la repisa, un padre drogado por la proliferación de hijas edípicas—

«¡Ahh! gritaron, «¡Qué monstruo!» [Hill, 1998: 35].

En *Pirata* (1998) el diálogo que sostiene el incorruptible Hugh Godwin con Levasseur, calvinista, primer gobernador de La Tortuga, es también un ejemplo perfecto de lo que queremos exponer. Levasseur, su afán de poder, su intolerancia, sus estrategias para la explotación del otro, su pretensión de comprar fidelidades, sus temores, revelan ese lado que las tradicionales, románticas y monológicas representaciones del pirata no llegan a mostrar. Emplazado por el lúcido Hugh Godwin, Levasseur admite:

La piratería no es un delito, sino un negocio. Al principio sólo se invierte lo más barato: vidas humanas, carne de horca arrojada al patíbulo del mar. (...) La piratería es sólo el preámbulo de la instalación de colonias, o sea, la esclavitud.

Así como del prostíbulo nace la respetabilidad de las familias, el pirata y el esclavo son el abono de la prosperidad de los negocios, es decir de los imperios. [L.B.G., 1998 (a): 171]

Pirata, apófrade de La Tempestad

De las reescrituras más recientes de *La Tempestad, Pirata* de Luis Britto García es la que expone más conscientemente la noción de imperialismo como lo que realmente es: el horizonte político fundamentador de la modernidad. *El surgimiento del sujeto se paga con el reconocimiento del poder como principio de todas las relaciones*, leemos en *Dialéctica del Iluminismo* [Horkheimer y Adorno, 1987: 22], por eso, tras las máscaras de Sir Walter Raleigh, Levasseur, Henri Morgan y otros per-

sonajes de la novela está la otra cara de la Ilustración, es decir, la pretensión de convertir al mundo en botín, al prójimo en esclavo y al pensamiento en «justificación o disimulo de ambas estrategias» [L.B.G. 1998 (a): 461].

Siendo una pequeña nación de navegantes, Inglaterra ingresó a la modernidad disputándole a España su preeminencia como imperio. Semejante empeño debió sustentarse en una maquiavélica amoralidad que hizo legítima la alianza entre la mismísima Reina Virgen y toda clase de aventureros y mercenarios, sujetos que la Historia recuerda con el nombre de los Perros del Mar. Y es que en cierta medida las depredaciones protagonizadas por Hawkins, Drake y sus émulos fueron vistas por la pujante nación inglesa como la coronación de un vasto proceso de mil seiscientos años de exploraciones, descubrimientos y todo tipo de hazañas navales. En medio de semejante panorama un hombre se destaca — por la manera como refleja el espíritu mismo del Renacimiento inglés, su fáustica ambición de amalgamar conocimiento y poder—: Sir Walter Raleigh, sujeto que halla en el amo de Calibán su reflejo fiel.

Al igual que en Raleigh, su probable modelo histórico, en Próspero está la consciencia europea que accede al dominio de sí y el principio de autoridad que le permite tomar posesión del mundo, es decir, en la actitud de Próspero pueden rastrearse los sofisticados argumentos sobre la propiedad de usurpar los derechos de las poblaciones nativas que la consciencia imperial inglesa fue desarrollando desde la aparición del *Acta de Supremacía*, documento con el cual Enrique VIII logró crear una iglesia anglicana, desligada de la católica y sometida a la autoridad real. Desde 1543, fecha de aparición del Acta de Supremacía, hasta 1598 fueron realizadas las hazañas y aparecieron las obras claves que permitieron la consolidación del ideal del imperio inglés². El ideal que enarbolaron y ante el cual se sacrificaron Hawkins, Drake, Raleigh, Morgan y otros está plenamente registrado en la *Biblia* inglesa de Eduardo VI, en la *Ecclesiastical Polity* (1594) de Hooker —primer gran tratado del pensamiento anglicano—, en la *Defense of Poesy* (1595) de Sidney— documento que instituyó la crítica literaria en Inglaterra—, en los *Essais* (1597) de Bacon—quien emprendió la labor de sentar las bases del pensamiento científico— y en los doce tomos de la vasta *Principal Navigations, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation* (1598) de Richard Hakluyt, compilación que, según Luis Britto García, contribuyó a convencer a la nación británica de que su destino era *ascender mediante el dominio de los mares a la condición de primera potencia imperial del planeta* [L.B.G., 1988 (b): 151].

Como hemos señalado, para el momento en que Shakespeare concibe *The Tempest* no había miembro alguno de la corte inglesa que pu-

diera aventajar al noble Sir Walter Raleigh en el rol de modelo para la creación del emblemático Próspero. Insigne navegante, explorador, fundador de la primera colonia inglesa en el Nuevo Mundo, intróductor del tabaco en la corte isabelina, científico, poeta, probable autor de algunos de los dramas de su amigo Will Shakespeare, en Raleigh está el aliento, la génesis, del faústico y soberbio Próspero. Al iniciar la novela mostrando a Raleigh en su primera expedición, en demanda del Orinoco y del reino de El Dorado, en el momento culminante de la consolidación de la consciencia imperial inglesa, el autor de *Pirata* hace de ésta un apófrade, es decir, el punto de origen y no una simple consecuencia de *La Tempestad*.

El europeo indianizado

Sir Walter Raleigh pensaba que para conquistar El Dorado era necesario establecer una alianza con las tribus existentes a lo largo del Orinoco. Por esa razón, a lo largo del trayecto recorrido entre Trinidad y la ciudad de Santo Tomé jugó el papel de embajador de Inglaterra en el Nuevo Mundo, haciendo ver a los indígenas de la región que los súbditos de la reina Isabel I de Tudor podían liberarlos del yugo y los abusos de los españoles. Raleigh pensaba que los indígenas de la Guayana podían ser llevados a Inglaterra para convertirse en intérpretes. Allí podían aprender la lengua, la religión, las costumbres inglesas e incluso contraer matrimonio con mujeres inglesas. Eran tan firmes sus convicciones al respecto que desandando el Orinoco, en una segunda entrevista con el cacique Topiawari, convino hacer un pacto consistente en dejar a un par de ingleses y llevarse a dos indígenas a Londres, uno de ellos era, supuestamente, hijo del mencionado cacique. De los ingleses que permanecerían en territorio venezolano hasta el regreso de Raleigh, Francis Sparry, estaba interesado en quedarse para conocer mejor el país. El otro, en cambio, era un joven de dieciséis años que, según consta en documentos de la época, a los pocos días de haber sido dejado en la selva, murió devorado por los tigres. Sin embargo, en 1617, los expedicionarios del segundo viaje capitaneado por Raleigh en busca de El Dorado se consiguieron con el hombre que creían muerto por los tigres, fue difícil reconocerlo: casi había olvidado su lengua; sus gestos y aspecto eran los de un aborígen del Orinoco. Su nombre era Hugh Goodwin.

El tercer capítulo de la I parte de *Pirata* tiene como intertexto las declaraciones hechas por Francis Sparry en Madrid. Este testimonio expone la progresiva identificación de Godwin con los aborígenes del Orinoco, o lo que podría llamarse su progresiva «calibanización»: *Hugh Godwin se dormía acurrucado en el seno de las indígenas (...) día y noche parloteaba*

con ellas el pajecillo (...) contándoles historias fantásticas mientras aprendía sus lenguas [L.B.G., 1998 (a): 35-36]. A la asimilación que Hugh Godwin hace de la cultura kariña como estrategia de supervivencia y de reorientación ética e ideológica es opuesta la relación de los estragos generados en las comunidades aborígenes americanas ante la irrupción de la codicia y la conducta predatoria de unos sujetos que buscaban enriquecerse mediante el engaño y la corrupción del otro. *Haciéndonos pelear entre todos, los Palanakali nos traen la muerte que no pueden darnos de frente* [L.B.G., 1998 (a): 108]. Como Kariña, Hugh Godwin es una de las actualizaciones más originales de Calibán; en dicha etnia el autor de *Pirata* halla una comunidad primordial, esencialmente democrática, sin clases sociales ni jefaturas. En consecuencia, todo el debate ideológico que plantea *Pirata* no está constreñido, como ocurre en otras reescrituras de *La Tempestad*, al conflicto interracial; al contrario, lo que está constantemente en juego son los principios de las culturas que hicieron resistencia al proyecto genocida y etnocida del occidente moderno en el Caribe.

Que Hugh Godwin no haya nacido en el Caribe implica que para el motivo de Calibán el lugar de procedencia o la naturaleza étnica han dejado de ser factores determinantes; los términos en que es concebida la oposición al poder se han tornado de mayor relevancia. La naturaleza que adquiere Hugh a partir de la reescritura realizada por el autor de *Pirata* lo libera de esa aberrante condicionante de las relaciones interculturales que es el fundamentalismo étnico. En consecuencia, Hugh Godwin viene a ser un magnífico exponente del imaginario del tercer espacio, de lo híbrido, de lo transcultural: el *tertium quid*. Procedente de los escenarios de la Ilustración y el logos occidental trasciende sus limitaciones originales al entrar en contacto con la(s) Diferencia(s). Es, en definitiva, la novela misma, género que durante el siglo XIX consolidó la ideología del imperio y la sensibilidad burguesa y ahora, desde la periferia, resulta un formidable brulote en llamas lanzado contra el canon occidental.

*

* *

Otro acontecimiento histórico que parece haber incidido en la perspectiva ideológica asumida por el héroe de *Pirata* fue protagonizado, a mediados del siglo XVII, por las sociedades libertarias constituidas por los bucaneros que se asentaron en costa occidental de La Española. Según lo descrito por Exquemelin en *Piratas de América* (1678), un

grupo de colonos franceses se asentaron en dicha isla con el propósito de cultivar tabaco y caña de azúcar. En 1644, con el propósito de establecer una factoría para negociar con los españoles, se estableció en La Tortuga, isla ubicada al noroeste de Haití, la Compañía de la Indias Occidentales y, mediante decreto, sometió bajo su jurisdicción a los colonos franceses de la Española. Éstos, al protestar, alegando que sus sembrados estaban establecidos en jurisdicción que no era propiedad de la Corona Francesa [Exquemelin, 1945: 66] y atreverse a defender su derecho a constituir una sociedad al margen de las imposiciones económicas de ésta, fueron víctimas de un bloqueo económico. Mas, su firme voluntad de defender los logros obtenidos en el seno de su comunidad los condujo a la victoria cuando impidieron, a cañonazos, el desembarco del gobernador de la Tortuga en las costas de la Española y consiguieron reestablecer el intercambio comercial con los enemigos de la Corona Francesa. Es bastante probable que en este significativo acontecimiento del siglo XVII, el autor de *Pirata* vislumbrara el antecedente histórico de un modelo social que se distingue por su antiautoritarismo, su disposición a defender el principio de la autodeterminación y a enfrentar las arbitrarias imposiciones de los centros de poder; principios todos que identifican al emblemático Hugh Godwin³.

*
* *
*

Concebido en el momento de la inminente consolidación de Inglaterra como imperio ultramarino, el motivo de Calibán expuso la lógica que durante la modernidad condicionó la relación de Occidente con el resto del mundo. En un primer momento, y durante el lapso aproximado de tres siglos, Próspero ha sido interpretado como el sujeto que consolidó su poder con ayuda del conocimiento ilustrado, mas su incuestionable autoridad y poder sobre las fuerzas naturales y sobrenaturales ha sido matizado por su capacidad de «perdonar», indicio elocuente del carácter paternalista con el que los imperios occidentales han pretendido identificarse durante siglos. Durante el siglo XX los personajes de *La Tempestad* han sido objeto de significativas transformaciones por parte de algunos escritores de la periferia, tal vez porque ésta, como afirma Joseph Brodsky, no es el límite del mundo sino el lugar donde éste es desentrañado.

En consecuencia, podemos afirmar que tras las apropiaciones que el autor de *Pirata* hace de toda la biblioteca de los piratas y corsarios que hicieron de emisarios de los imperios inglés y francés está *La Tempestad*, el relato en el que participan las figuras del acontecimiento in-

augural de la modernidad. Parafraseando al autor de *Pierre Menard, autor del Quijote*, podríamos decir que la escritura de *La Tempestad*, en el contexto de la expansión trasatlántica de la Inglaterra isabelina, era algo inevitable, *acaso fatal*; en cambio, su reescritura, a finales del siglo XX y desde la lúcida perspectiva de un sujeto convencido de la relevancia que tiene para el cambio social e intelectual la elección de ciertos modelos, representaciones e interpretaciones de la historia y la cultura, resultaba *imposible*; más aún si tomamos en cuenta la afirmación postmoderna de la pérdida de validez de «las grandes narrativas de emancipación e ilustración». La restauración que el autor de *Pirata* ha hecho de *La Tempestad* ha traído consigo una indagación sobre la experiencia antillana de la historia moderna y del discurso de la Ilustración como una larga pesadilla [Jameson, 1989: 241].

Bibliografía

- Britto, García, Luis. 1998 (a). *Pirata*. Bogotá, Alfaguara.
- _____. 1998 (b). *Demonios del Mar. Piratas y Corsarios en Venezuela. 1528-1727*. Caracas, Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela, Fundación Francisco Herrera Luque, Fundación Banco Mercantil.
- Conrad, Joseph. 1986. *El corazón de las tinieblas/ Prólogo*: Jorge Luis Borges, traducción: Sergio Pitol.-Barcelona, Hyspamérica.
- Defoe, Daniel. 1999. *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas/ Traducción*: Francisco Torres Oliver.- Madrid, Valdemar.
- Exquemelin, John y Basil Ringrose. 1945. *Piratas de América*. Buenos Aires, Editorial Colombia.
- Fernández Retamar, Roberto. 1971. *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*. México, Editorial Diógenes.
- Hill, Rowena. 1998. «¿Pertenece Venezuela al Caribe?: La poesía de mujeres». Mérida, [inédito].
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno. 1987. *Dialéctica del Iluminismo/ Traducción*: H. A. Murena.- Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Jameson, Frederic. 1989. *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La literatura como acto socialmente simbólico/ Traducción*: Tomás Segovia.- Madrid, Visor.
- Nietzsche, Friedrich. 1973. *El nacimiento de la tragedia/ Introducción, traducción y notas*: Andrés Sánchez Pascual.- Madrid, Alianza.
- Shakespeare, William. 1960. *La Tempestad./ Traducción y notas*: L.Astrana Marín.- 5ª ed., Madrid, Espasa- Calpe.
- _____. 1962. *The Tempest./ Editor*: Frank Kermode.- Cambridge, Methuen/Harvard University Press.
- Said, Edward. 1996. *Cultura e imperialismo/ Traducción*: Nora Cateli.-Barcelona, Anagrama.
- Toumson, Roger. 1981. *Trois Calibans*. La Habana, Casa de Las Américas.

- ¹ *La Tempestad* fue impresa por primera vez en 1923 en el Folio de Heminge y Condell. Es el primer drama del volumen y ocupa 19 de sus páginas. Sin embargo, había sido puesta en escena por la compañía de Shakespeare en la corte en 1611. [Cfr. Kermode, 1962: xi,xxi-xxiii]
- ² Para Edward Said, uno de los textos en los cuales es expresada de forma más honesta la *actitud práctica que caracteriza al imperialismo europeo* [Said, 1996 (a): 124] es *El corazón de las tinieblas*. Citemos, seguidamente, lo que es el *ideal* para el lúcido Marlowe:
- La conquista de la tierra, que por lo general consiste en arrebatarla a quienes tienen una tez de color distinto o narices ligeramente más chatas que la nuestra, no es nada agradable cuando se observa con atención. Lo único que redime es la idea. Una idea que la respalda: no un pretexto sentimental sino una idea; y una creencia generosa en esa idea, en algo que se puede enarbolar, ante lo que uno puede postrarse y ofrecerse en sacrificio... [Conrad, 1986: 19]
- ³ En la enciclopédica *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas* (1724), una obra propia de un período de la historia en el cual el libro era el medio privilegiado para la difusión de las ideas, Daniel Defoe dedica las páginas más apasionantes a relatar la extraordinarias aventuras del capitán Misson y su lugarteniente Caraccioli. Su nobleza e idealismo los llevó a declarar la guerra al mundo y a fundar Libertalia, una república cimentada sobre las bases de la justicia y la igualdad social. Fascinado por el ideario del capitán Misson, Lord Byron llegó a decir: *Nunca otro hombre más gentil, había hundido barco o segado cabeza*. El ideal libertario de Misson y Caraccioli, con todo lo que tiene de antimonárquico, anticlerical, antiimperialista y antieslavista, también nutre, sin duda alguna, el alma de Hugh Godwin, entraña misma de la novela. [Cfr. Defoe, 1999: 443-503]